

Su voz se alteró al pronunciar las últimas frases, denotando una profunda emoción, sin que tuviera tiempo para defenderse, y Armando la vió, por primera vez desde que la conocía, prescindir de su orgullo. Trastornado al ver su turbación, al escuchar unas frases que casi eran confesiones, le tendió la mano, y con un ademán de protesta apasionada exclamó:

—La verdad... ¡oh! no diga usted que la he ocultado...

—Si por cierto—replicó ella con firmeza.—Si desde el primer momento hubiera sabido que no era usted libre, que se debía usted á otra mujer, me hubiera puesto en guardia contra los sentimientos que me inspirase; pero usted me ha engañado, me ha mentido, omitiendo decirme lo que me importaba saber y lo que imprudentemente no pregunté... Cuando supe que pertenecía usted á otra...

—¡Lydia!...

É inclinado ante ella como en éxtasis, teniendo las manos oprimidas entre las suyas, el conde dejaba adivinar en todo su sér una sobrehumana alegría. Ella retiró dulcemente sus manos, cubriéndose el rostro con un movimiento de vergüenza, y permaneció un momento silenciosa, con el pecho agitado por los sollozos y dejando correr las lágrimas, que caían sobre sus blancas manos

—Lydia—repitió él con voz suplicante, con el

corazón desgarrado por el púdico dolor de aquella mujer adorable.

Pero no se atrevió á pronunciar una palabra más; no quiso tampoco obligarla á que dejase escapar aquella frase de desesperación, apenas confiada á sí misma, al saber que aquel á quien había elegido misteriosamente como compañero de su vida no era libre. Mirábala llorar, ávido de aquellas lágrimas que hubiera bebido como un rocío divino, dichoso por saber que le pertenecía moralmente, desconsolado por haberla perdido materialmente para siempre. De pronto Lydia apartó sus manos del rostro, y mostrando á Armando sus facciones, aun húmedas por el llanto, dijo en voz baja con púdica sonrisa:

—Bien orgulloso estará usted de haberme obligado á confesar que también le amo. No lo sabía con fijeza hasta este momento, y me ha sido preciso ver el dolor de usted para llegar á comprenderlo, pues al sentirme tan desgraciada como usted mis sentimientos eran, á no dudar, semejantes á los de usted mismo. ¡Sil! todas las tinieblas que me rodeaban se han disipado; ¡ahora sé por qué he sufrido y por qué sufro tanto!

Entre aquellos dos seres que acababan de confesarse su amor se levantó de repente una sombra, que no les permitía mirarse ni pronunciar una palabra. Permanecieron mudos, helados, mezclando á su arrobamiento una amargura violenta, causada por el sentimiento profundo de lo

vedado de su ternura. Parecían dos amantes que acabasen de cambiar un supremo y desgarrador adiós. Un efecto idéntico anublaba su alegría al comprender que debían separarse y que aquella hora deliciosa, que los había unido en una dicha común, no volvería á sonar jamás. Se miraron á un tiempo y leyeron el mismo pensamiento en sus ojos.

Lydia fué quien tuvo el valor de abordar tan doloroso trance.

—Cuando rogué á usted que viniese á hablarme esta noche—dijo haciendo un gran esfuerzo—era para anunciar á usted mi intención de partir; y como usted comprenderá que mis ideas no han podido modificarse por las explicaciones que han mediado entre ambos, mi marcha será más penosa, pero más necesaria aún que antes. Quisiera rogar á usted me evitara la dificultad de manifestar á la señora de Fontenay que dejo su casa. Hubiera escrito á usted dos letras explicando mi brusca partida con un fundado pretexto, que me pusiese al abrigo de sus sospechas y me protegiera contra enojosas suposiciones. Ahora no sé qué debo hacer, porque temo crear á usted serias dificultades y hacer sufrir á la condesa... Mi firmeza de ánimo no me abandona... el pesar me domina... Tenga usted la bondad de aconsejarme.

El conde la escuchaba con respetuosa admiración. Al verla preocuparse solamente por la seguridad de los demás, defendida por su castidad

contra todo mal pensamiento, confiada en él hasta el punto de fiar á su honor el cuidado de guiarla en una situación tan difícil, sintió crecer su orgullo al verse amado por tan noble criatura y se prometió igualarla en valor y en dignidad.

—Su marcha de usted es precisa—respondió—y por mucho dolor que esto me cause debo aconsejar á usted que se aleje sin pérdida de tiempo. Yo me encargo de disipar los temores de Mina, y al tranquilizarla y defenderla contra sus celos, acabaré la obra que ha comenzado usted tan generosamente. Es digna de toda clase de consideraciones, porque, aparte de sus sospechas, quiere á usted y tal vez haya sufrido más por el miedo de creer á usted culpable que por el horror de ser nuestra víctima. Es un espíritu noble, un gran corazón capaz de todas las generosidades, sensible á todas las delicadezas, y que comprenderá algún día, no lo dude usted, el sacrificio hecho en aras de su tranquilidad, agradeciéndonos doble nuestra falta moral, bien pronto reparada, que una impecable firmeza. Escribala usted avisándole esta ausencia; yo me encargo de lo demás. ¿Dónde piensa usted ir?

—A Inglaterra; pero pienso viajar mucho. Únicamente la variación de lugares podrá distraer mi hastío y mi tristeza.

—Procure usted no olvidar del todo á los que deja usted aquí—dijo con melancólica sonrisa.

Piense usted, cuando esté lejos, que si usted está triste, ellos lo están también, y que menos dichosos que usted, por no ser libres, tendrán que ocultar sus pesares y disimular sus preocupaciones. Escriba usted alguna vez para saber dónde está y lo que hace, para que nuestro recuerdo llegue hasta usted más directamente que si lo llevase el azar. Prométame usted que si logra recobrar la calma, si se siente al abrigo de toda idea peligrosa, de toda tentación, volverá. Llegará un tiempo en que tranquilizado nuestro corazón y no latiendo más que á impulsos de dulces emociones, podremos vernos sin angustia y gozar de la íntima dicha de recordar nuestros antiguos tormentos.

Con las manos entrelazadas, dominados por la misma emoción, se sonreían con los ojos llenos de lágrimas, dándose mutuamente valor para soportar tan ruda prueba sin quejarse, sin apartarse de la senda del deber. Demasiado honrados para aprender á engañar, y demasiado altivos para aceptar un lazo ilegítimo, se separaban, comprendiendo que no podían vivir juntos, sufriendo y llorando, pero sin vacilar lo más mínimo. Jamás se habían amado más apasionadamente que durante aquellos cortos instantes, en que se sentían dignos el uno del otro por la rectitud de su conducta. No pronunciaban ni una sola palabra, pero se contemplaban en silencio como para grabar más profundamente en su corazón

el recuerdo que deseaban guardar de aquellos momentos.

La campana del reloj les condujo á la realidad, y, saliendo de su éxtasis, advirtieron de que era la una de la madrugada y que hacia dos horas que estaban juntos. El momento supremo había llegado. Se levantaron estremecidos de angustia para pronunciar el inevitable, adiós.

Lydia se dirigió al conde, y fundiendo toda su altivez en una dulzura adorable, dijo:

—Adiós, perdóneme usted el pesar que le proporciono. Yo sola soy la causa de esos sufrimientos, puesto que antes de conocerme vivía usted tranquilo y feliz. Me conoció usted sin desearlo y alteré su existencia; perdóneme usted en gracia á lo mucho que sufro alejándome de usted.

Armando cayó á sus plantas, y con voz ahogada por la emoción exclamó:

—Usted es la que tiene que perdonarme, querida Lydia, por no haber sabido comprenderla sin amarla, por los disgustos y contrariedades que le ha proporcionado mi imprudencia y mi disimulo. Siendo ambos libres, hubiera consagrado mi vida á hacer la felicidad de usted. Perdóneme usted por haber intentado conquistar ese corazón, sin poder dar en cambio el mío.

—Nada tengo que perdonar—dijo ella—le amo á usted.

En aquel momento el conde sintió que Lydia

se apoyaba en su hombro y que rozaba ligeramente con sus labios su ardorosa frente; al sentir la suave caricia se levantó bruscamente ahogando un grito. Ante él se hallaba la mujer amada, pálida por la emoción, y sin tener tiempo de reflexionar lo que hacía, la atrajo hacia sí y la oprimió fuertemente contra su pecho. Ella, con desesperados esfuerzos, rechazándole y atrayéndole á la vez, le gritó con espanto, como si desconfiase de sí misma tanto como de él:

—¡Vetel ¡Vetel

Armando se hallaba cerca de la puerta; lanzó á Lydia una última mirada, y sumiso á su imperativa orden, salió precipitadamente.

Atravesó el sombrío vestíbulo, salió al jardín y tomó el camino de su *hotel*. Lydia, cuyos miembros temblaban de dolor y desesperación, permaneció primero en el mismo sitio escuchando el ruido de las pisadas de Armando, que se perdían en el silencio de la noche, después dió algunos pasos al azar, trastornada, abatida. Parecía que un inmenso vacío se abría en su alma, y sintiendo una sensación de profundo aislamiento, exclamó en voz baja:

—¡Dios mío! ¿Qué va á ser de mí?

Ante la separación ineludible, se dió cuenta bruscamente de la solidez de los lazos que la unían á aquel hombre, juzgado por tanto tiempo como un indiferente, y que se había apoderado de ella por la mirada, por la voz, hasta

llegar á ser moralmente su absoluto dueño. Se había apercibido de ello en el momento en que se veía obligada á alejarse de él. Sola en aquella habitación donde habían permanecido dos horas juntos, tuvo miedo á pesar de ser tan valerosa. Un ruido de pasos ligeros se dejó oír; pensó que serían de miss Griffith que se inquietaba por su tardanza, y necesitando ver á alguien á su lado para escapar á sus dolorosas reflexiones, se dirigió en su busca.

Tomó un candelabro, subió el primer tramo de la escalera, y al llegar á la meseta del piso principal se asombró de ver entornada la puerta de su alcoba, por la que se veía la tenue claridad de una lámpara de noche. Llamó suavemente á miss Griffith, pero no obtuvo respuesta. El silencio de su habitación parecía como animado y tuvo el presentimiento de que un sér vivo estaba allí, de que oía el tibio aliento de una respiración entrecortada, tal vez los tumultuosos latidos de un corazón. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¿Quién podía esperarla? ¿Quién se atrevía á penetrar en su alcoba? Un movimiento de cólera la impulsó á abrir la puerta, pero casi al mismo tiempo una exclamación mal contenida salió de sus labios; la señora de Fontenay estaba ante ella, dejándola llegar inmóvil, con los ojos fijos, el cuerpo agobiado, espantosamente silenciosa.

Como un rayo cruzó por la imaginación de

Lydia la idea de que la condesa había asistido á su entrevista con Armando. Comprendió en un segundo su lúgubre abatimiento, su dolorosa palidez, su mutismo helado, y no pudiendo soportar la duda, quiso saberlo todo, y avanzando hacia Mina, que no se movía, rígida, lívida, apoyada en la chimenea, exclamó:

—Señora, ¿estaba usted aquí?

La condesa movió lentamente la cabeza en señal de negación, pero no pronunció una palabra.

—Entonces, ¿estaba usted... abajo?

La señora de Fontenay hizo un signo afirmativo, siempre callada, como si el sonido de su voz hubiera debido aterrarla.

Lydia juntó sus manos, y murmuró:

—¡Dios mío!

Y sin añadir una sola palabra, suplicante, humillada, se dejó caer de rodillas ante su rival, cogió su falda y entre sus pliegues ocultó el rostro. Allí permaneció trastornada, no osando levantar los ojos ante la idea de que la condesa hubiese visto y oído todo lo que anhelaba permaneciese oculto eternamente. Al cabo de un instante sintió que Mina la cogía de la mano, diciéndola:

—Levanta, hija mía. Lo que sucede es realmente una gran desgracia, pero no te hago responsable de ella. Yo fui quien cometió la falta, y justo es que sufra las consecuencias.

Lydia se levantó, y mirando con estupor á su interlocutora, exclamó:

—¿Usted, señora?

—Sí, yo, porque desde el primer instante vi más claro que tú lo que en vuestro corazón pasaba, sospeché vuestro amor, y, cuando instintivamente querías alejarte de nosotros, te obligué á venir. Todo lo calculé con la cabeza sin contar para nada con el corazón... ¿Cómo pude creer ni un solo momento que Armando y tú podríais vivir juntos sin que vuestras almas se unieran con irresistible ternura?... ¿Podía ni uno solo de los que te rodeaban llegar á agradarte, estando él, que vale infinitamente más que todos? Tuve el orgullo de creer que podría luchar contra tu juventud, contra tu encanto, contra el atractivo que ofrece lo prohibido... Bien duramente he sido castigada... ¡ay de mí, ¡pero no soy sola la que sufre el castigo!

Subyugada por la altiva magnanimidad de aquella mujer, que en medio de su desgracia, sólo pensaba en la desdicha de los demás, la huérfana apenas pudo murmurar estas palabras:

—¡Oh, señora!... ¡Usted nos compadece! ¡Nos compadece usted...!

—¿Cómo no compadeceros conociendo vuestros sufrimientos y vuestro sacrificio?... ¿Sois culpables, ó inocentes heridos por una fatalidad á la cual habéis resistido con la mayor fuerza de

espíritu? No me habéis engañado, y casi no sois responsables de vuestra falta... No tengo por qué condenaros.

—¡Oh, señora!—exclamó Lydia con desesperación.—Esa indulgencia me anonada más aún que la cólera de usted.

Mina, con los ojos fijos en un punto como si viese en él una visión sobrenatural, repetía:

—¡No, no me habéis engañado! Sois inocentes de toda culpa.

Y exhalando un profundo suspiro dejó caer sus brazos inertes.

Lydia, llena de terror, guardó silencio sin apartar la vista de la señora de Fontenay, cuya razón se extraviaba por momentos, sin darse cuenta de la presencia de la joven. Ante los ojos de la condesa se evocó la imagen del príncipe Schwarzbouurg, triste y grave, como estaba en aquella noche en que, enloquecida y fuera de sí, le había confiado el secreto de su amor por Armando y revelado las amenazas de Waradia. Le veía destacarse en la sombra levantándola y enjugándole los ojos con paternal afecto, compadeciéndola en vez de confundirla con sus reproches, y, á pesar de confesarse culpable, el anciano no la maldecía, sino que lloraba con ella, cuidándose de asegurar su tranquilidad y defender su honor. Así la había tratado, no como á una esposa indigna, sino como á una hija extraviada. Estremecía al recordar las palabras que el

anciano había pronunciado al final de aquella terrible escena que surgía en su memoria:

—«Pocos días me restan de vida... Cuando no exista, si ese hombre te ama sinceramente únios con el sagrado yugo...»

Una angustia singular la oprimía. ¿No era la situación de entonces idéntica? Entre Lydia y su marido era ella el único obstáculo, del mismo modo que antiguamente lo había sido el anciano príncipe entre ella y Armando. ¿Qué vengativa fatalidad le hacía sufrir tan cruel destino? Seis meses antes, el día en que comenzó á sospechar de su marido, vió levantarse ante sí el espectro del viejo príncipe como un fúnebre vengador, nuncio de próximos infortunios, haciéndole presentir que, en revancha de los diez años de alegría sin nubes transcurridos, la desgracia se aprestaba á tomar sobre ella un terrible desquite. Aquella visión, que tornaba persistentemente á recordarla sus temores, ¿no era por segunda vez su sentencia de muerte? ¿Había llegado el momento de condenarse irrevocablemente á sacrificar su tranquilidad y su vida en aras de la felicidad de Armando? ¿Pero en qué consistía aquel sacrificio? El príncipe de Schwarzbouurg había muerto cargado de años al llegar al término de la vida, pero ella, llena de fuerza, en la plenitud de su existencia, ¿debía condenarse á desaparecer?

Se indignó ante aquella idea, y rechazándola

con violencia, hizo un desesperado esfuerzo para apartar de su espíritu la amenazadora evocación. Al volver á la realidad se halló en la estancia de Lydia, sola con ella, y adivinando en sus ojos el terror que le habría causado su larga y dolorosa alucinación, dijo con mucha calma:

—Como acaba usted de decidir, saldrá usted mañana de aquí. El partido que han tomado ustedes es el más sensato para usted y para nosotros; pero como es necesario que esto no parezca una ruptura, yo misma acompañaré á usted. Al vernos juntas nadie sospechará una disensión.

—¡Qué buena es usted!—murmuró Lydia.

—¡No! Soy justa y no hago si no lo que debo hacer. No crea usted al verme obrar así, que no sufro. Tengo el corazón desgarrado porque amo á mi marido con toda mi alma, y la idea de que no me pertenece su amor envenena mi vida. Usted es muy desgraciada al marcharse, pero no lo soy menos al quedarme á sufrir el martirio de verle padecer sin lograr consolarle. No quiero que sepa que he descubierto su secreto, porque no es justo añadir á su dolor la vergüenza de sonrojarse delante de mí. Debe usted comprenderme, porque las mujeres adivinan estas cosas... Prefiero ser mil veces más atormentada si á esa costa puedo evitarle algún pesar.

Ante tan cruel pensamiento, la señora de Fontenay no pudo conservar su firmeza y sus ojos,

aunque á presencia de la señorita Audrimont no habían vertido una lágrima, se humedecieron, dando paso al llanto, que corrió en abundancia por sus mejillas, al mismo tiempo que su pecho se ahogaba por los sollozos. Lydia se arrojó á los pies de la pobre mártir, le besó las manos, le prodigó mil cuidados, le ofreció su vida, y en tal estado de exaltación se hallaba que no hubiera retrocedido ante los mayores obstáculos para dulcificar aquel dolor, casi divinizado á fuerza de dulzura y de resignación. Las dos rivales lloraron juntas, dejando á un lado sus quejas y sus odios para olvidarse por completo de sí mismas.

Cuando recobraron un poco de sangre fría, la condesa se levantó triste, pero resuelta.

—Es preciso separarnos—dijo.—¿A qué prolongar inútilmente esta angustiosa escena? Mañana ya no estaremos solas, tendremos que vigilar nuestras palabras y nuestros rostros; démonos aquí el adiós postrero. Hubiera deseado amarte como á una hija, conservarte á mi lado, casarte y verte feliz; pero el destino no lo ha querido. No me maldigas por ser un obstáculo entre ti y el sér á quien amas; sé indulgente con mi debilidad y no intentes olvidarme. El tiempo modifica muchas cosas, á veces demasiado pronto... No me dejes ignorar tu residencia ¿oyes?... Quiero poder llamarte muy de prisa si necesito de ti...

Pronunció aquellas últimas palabras con tan

singular entonación, que Lydia levantó los ojos para interrogarla; pero la condesa, erguida, con la boca entreabierta y la frente sombría, como si quisiera tomar una resolución suprema, detuvo con un gesto á la joven, y reiterando su ruego con insistencia, le dijo:

—Sepa yo siempre dónde estás, y si te llamo prométeme venir sin pérdida de tiempo.

—Lo prometo.

—Está bien; ahora ya estoy tranquila. Hasta mañana.

Abrazó estrechamente con maternal afecto á la huérfana, y se alejó. Lydia quedó sola.

X

Al presentarse en el comedor para almorzar al día siguiente, los huéspedes de la villa supieron con asombro que la señorita Audrimont había partido para París. La condesa volvía de despedirla de la estación en aquel momento, y como el barón Tresorier aventurara una pregunta, Mina, con perfecta tranquilidad, dijo que teniendo Lydia la administración de su fortuna, se veía obligada á ocuparse por sí misma de negocios que las mujeres encargan habitualmente á un tutor ó á un marido, y que su ausencia se prolongaría durante algunos días.

—Será inútil que vuelva á Deauville—añadió—porque la estación avanza y pronto nos dirigiremos á las posesiones de Cravant para dedicarnos á la caza. Allí se nos reunirá directamente.

Así quedó justificada á los ojos de los íntimos la ausencia de Lydia.

El barón de Cravant, que paseaba desde por la mañana acompañado de Armando por el camino de Honfleur, no recibió las explicaciones generales; pero entró en la villa con un aire pausado y abstraído que no le era habitual, sin dirigir á nadie preguntas, lo cual hizo suponer que el conde le había dado en su paseo tan poderosas razones, que se había visto obligado á inclinar la cabeza ante ellas.

La entrevista celebrada entre ambos primos fué preparada por la señora de Fontenay, quien por la mañana llamó á su marido, y con una tranquilidad perfecta le anunció que Lydia le acababa de informar de su indispensable marcha en aquel mismo día. Como Armando se mostrase absorto por la forma inesperada que tomaba un desenlace cuya ejecución le pareció que suscitaba insuperables dificultades, la condesa añadió con naturalidad completa:

—Creo de mi deber confesarte que esta marcha, tan parecida á una fuga, se debe á las asiduidades de Cravant. Tanto ha insistido en sus peticiones, que nuestra huésped, llena de inquietud, ha creído amenazada su libertad, su se-